

ESCUELAS DE CIENCIAS DE LA COMUNICACION Y CRISIS UNIVERSITARIA

Por: FELIX HERNANDEZ MARTIN

*Las Escuelas de Ciencias de la Comunicación viven dentro de un mundo en que los sistemas pedagógicos y las estructuras académicas tradicionales son ineficaces y están siendo combatidos por una juventud en creciente rebel-
día, que usa métodos de expresión violentos para lograr profundas reformas en la enseñanza superior.*

El presente trabajo analiza esta problemática en 6 temas fundamentales: 1.— Objetivos de la enseñanza; 2.— Planes de estudio; 3.— Régimen de enseñanza; 4.— Régimen de promoción; 5.— Investigación y, 6.— Nuevas estructuras.

Todos estos asuntos son considerados a la luz de los propósitos de la educación permanente.

PALABRAS PRELIMINARES

El presente trabajo tiene la pretensión de iniciar, a nivel de especialistas, un debate sobre el funcionamiento actual y futuro de las Escuelas de Ciencias de la Comunicación. Para ello entendemos la necesidad de omitir toda referencia a casos particulares en beneficio de una generalización que facilite la discusión de problemas que afectan a este tipo de enseñanza.

Las Escuelas de Ciencias de la Comunicación viven dentro de una realidad universitaria en un mundo en que los sistemas pedagógicos y las estructuras académicas tradicionales desde años recientes son conmovidas por la conciencia general de su ineficacia y por una juventud en creciente rebeldía, que usa métodos de expresión violentos para lograr profundas reformas en la enseñanza superior.

¿Qué quieren los estudiantes. Participar del gran cambio social en un mundo que muestra alarmantes insuficiencias. La juventud ha dejado de pronto de mirar a la sociedad como juez; ahora procura actuar como aceleradora del cambio, como protagonista de una dinámica social de desarrollo que aún no tiene métodos ni metas definidas.

Es natural que los estudiantes hayan visto a la universidad como herramienta idónea para sus propósitos: la universidad les abre las puertas del futuro, es el lugar más apto para una discusión amplia. Pero la universidad, en su estructura actual, ha demostrado no adecuarse a las necesidades de los tiempos nuevos. Constituida posiblemente en la institución más conservadora de la sociedad contemporánea, su presencia en el proceso es estática. Claro que tiene un inmenso patrimonio de saber y cultura que conservar, pero no ha asumido, o mejor dicho, no ha sabido asumir la función de innovadora que reclaman los estudiantes; no ha sido capaz de actuar en forma más directa en el proceso de cambio y desarrollo nacional. Se aferra a conceptos didácticos y metodológicos de dudosa eficacia y se empeña en mantener estructuras académicas inertes.

Producidos los graves disturbios estudiantiles de París en mayo—junio de 1968, las universidades parecen haber adoptado una nueva actitud. Se ha iniciado el estudio, desde varias perspectivas, de las causas del descontento, de la violencia de los estudiantes y muchos de los

puntos de irritación han sido detectados en la estructura académica. Ello ha obligado al examen de planes y sistemas de enseñanza en muchos países del mundo, procurándose el hallazgo de soluciones permanentes por medio de un replanteo general de la enseñanza.

Naturalmente, las escuelas universitarias de ciencias de la comunicación no están ajenas al proceso. Sus estudiantes participan por igual con los demás alumnos de la universidad del clima de renovación. Cabe entonces preguntar: ¿Qué cambios se imponen en la estructura y planes de enseñanza de las ciencias de la comunicación? La respuesta constituye un reto a los sujetos activos del proceso educativo: autoridades, profesores, investigadores y estudiantes. Deben surgir nuevas pautas generales, de vigencia latinoamericana, para la enseñanza de las ciencias de la comunicación. Nada más oportuno que iniciar la discusión en este Encuentro de San Juan, patria del más grande educador de América: Domingo Faustino Sarmiento.

LA CRISIS UNIVERSITARIA

Para comprender cabalmente el grave proceso de crisis de la universidad, que en nuestro caso latinoamericano asume características especiales, es imprescindible trazar una rápida síntesis de sus aspectos fundamentales.

En primer lugar, la universidad afronta un crecimiento sin precedentes en su matrícula, para el que no estaba preparada. El promedio mundial indica que se ha duplicado en la década del 60 y sin duda alguna volverá a duplicarse en la presente década. Las universidades de México y Buenos Aires, por ejemplo, tienen en la actualidad, cada una de ellas, más de 100.000 estudiantes. Muchas otras van en camino de alcanzar estos guarismos. Algunos países han pretendido poner un dique a esta marea estudiantil por medio de la selección, pero el intento ha fracasado por la vigorosa oposición social combinada con la violenta reacción de los estudiantes a quienes se ha pretendido negar el acceso a la universidad.

La superpoblación estudiantil origina a su vez, aunque no exclusivamente, otro grave problema que las universidades no han sido capaces de prepararse en el plano de las ideas ni en el plano administrativo; la escasez de personal docente y de recursos financieros para

afrontar la nueva realidad. Los presupuestos de las universidades son harto insuficientes no solamente por los gastos naturales del extraordinario crecimiento vegetativo, sino por los gastos que demanda el mantenimiento de viejos esquemas educativos inúltimente costosos. Pese a que los presupuestos se han elevado geométricamente, en los últimos diez años no ha mejorado apreciablemente la productividad en número de graduados, agravado este hecho por un creciente aumento del costo por estudiante. Es una situación casi insoportable para muchos países en que el tesoro público financia con exclusividad el funcionamiento de las universidades.

Pero si bien es fuerte la protesta estudiantil en lo que se refiere a las insuficiencias presupuestarias, que se traducen para ellos en edificios incómodos, falta de equipos y profesores para la enseñanza y disminución de la calidad pedagógica, no es menor la que se origina en la falta de disposición de las universidades para renovar su curriculum y los métodos de enseñanza.

Las universidades de América Latina tradicionalmente han centrado su actividad académica en la enseñanza del derecho, la medicina y las letras (actualmente en la Argentina las ciencias económicas) y no parecen adaptarse a las nuevas exigencias de los estudiantes, que reclaman la creación de nuevas carreras adaptadas a las necesidades del proceso de desarrollo nacional. La universidad, sostienen los estudiantes (y hoy nadie lo duda), debe estar al servicio de los intereses nacionales y, en segundo lugar, de los intereses regionales, en este caso de América Latina.

Pero mucho más que el curriculum se cuestiona la eficacia de los planes de estudio, el régimen de promoción, la relación profesor alumno, los métodos de enseñanza. La universidad debe buscar un equilibrio entre los estudios teóricos y aplicados. El estudiante que egresa quiere dejar de ser un profesional a medias que debe completar empíricamente su preparación sin que la universidad le haya dado los instrumentos indispensables para hacerlo.

Sin embargo, hay otras situaciones aún más explosivas dentro del ámbito de la universidad. Una de ellas, la cólera de los estudiantes contra la estructura de la sociedad actual, de la que la universidad constituye una parte cada vez más importante. No es de extrañar, entonces, que mientras la universidad trata de resolver sus problemas

específicos considere muy difíciles de satisfacer las nuevas preocupaciones sociales de los estudiantes. Vietnam, la pobreza, el hambre en el mundo, la lucha contra los imperialismos, la necesidad de cambio y desarrollo nacional, son temas de particular preocupación para los estudiantes. Si éstos hubiesen aceptado que la universidad fuera terreno neutral para debatir esos importantes problemas, la situación no sería tan compleja. Pero, al identificarse la universidad con la estructura social que la mantiene, que a juicio de los estudiantes genera la injusticia, se convierte inevitablemente en un instrumento de oposición para los reclamos. Por ello los países que tienen mayores problemas con sus universidades son aquellos que experimentan más profundas divisiones de ideologías y de programas sociales. Este problema, de extrema complejidad, tiene un cariz eminentemente político.

Expuesta de manera sucinta la grave crisis en que se debate la universidad de nuestros días, es evidente la necesidad de introducir profundas reformas de carácter estructural y metodológico que forzosamente deben emanar de un nuevo enfoque general de la enseñanza superior. Las escuelas universitarias de ciencias de la comunicación deben prepararse para ello. Localicemos sus fallas estructurales, sus insuficiencias pedagógicas, sus defectos metodológicos con espíritu constructivo. Procuremos señalar el derrotero de su perfeccionamiento: es una tarea en la que todos estamos comprometidos.

FALLAS ESTRUCTURALES Y METODOLOGICAS

Tradicionalmente se consideraba que el hombre cumplía dos etapas en su vida: la de la preparación y la de la acción. La primera etapa era la de la educación, la del aprendizaje de una profesión u oficio y la siguiente la del trabajo. Hoy este concepto ha cambiado fundamentalmente. Cada época que vivimos presenta la doble característica de ser al mismo tiempo una fase original e insustituible y una preparación para otras fases posteriores. Esta es la piedra basal de la educación permanente.

El hecho de que el ser humano pase durante su vida por un proceso de educación ininterrumpido significa inevitablemente que la educación debe ser replanteada. En la perspectiva actual la función de la enseñanza es activar lo más eficazmente posible el período previo

a la verdadera educación. En su sentido pleno ésta comienza más allá de la época de la universidad, cuando el hombre se convierte en sujeto de su propia educación y posee las motivaciones necesarias para continuar instruyéndose y formándose. El hombre es, desde este punto de vista, autodidacta por excelencia.

Entonces la educación universitaria, lejos de constituir lo esencial del trabajo de adquisición de conocimientos, se transforma en una especie de preludio. Por ejemplo, actualmente se considera que se trata menos de enseñar determinadas materias que de facilitar instrumentos de expresión y comunicación que el estudiante va a necesitar en toda su vida. Habrá que hacer hincapié en el dominio del lenguaje, en el desenvolvimiento de la capacidad de atención y de observación, en la aptitud para documentarse y en el hábito del trabajo en equipo.

De formular este planteo inicial surge la evidencia de que buena parte del problema educativo es un problema de comunicación. Si partimos de la teoría de Francesco Fattorello por la que la educación, el aprendizaje, es un proceso de información no contingente, podemos suponer, con fundado optimismo, que las escuelas de ciencias de la comunicación se hallan en buena posición para el examen y solución de sus problemas.

Las escuelas tienen problemas perfectamente caracterizados, unos con posibilidades de solución interna y otros de solución universitaria. Lamentablemente el status actual de las escuelas, que en casi todas partes no ha sobrepasado de la categoría de escuelas superiores o departamentos de facultad, les reduce considerablemente su poder de decisión. Su evolución dependerá en buena medida de cómo las facultades resuelvan sus problemas. Sin embargo, las escuelas pueden aportar soluciones, vigentes para otras carreras de la universidad.

Dividamos nuestra problemática en 6 temas fundamentales:

- 1.—Objetivos de la enseñanza
- 2.—Planes de estudio
- 3.—Régimen de enseñanza
- 4.—Régimen de promoción
- 5.—Investigación
- 6.—Nuevas estructuras.

Los consideraremos a la luz de los propósitos de la educación permanente.

1.— **Objetivos de la enseñanza:** Esencialmente han existido hasta hoy dos metas, que marcan, cada una de ellas, una época en la evolución de las escuelas. Antes de la aparición de las ciencias de la comunicación en los planes de estudio, se pretendía formar periodistas conscientes de su profesión, con un nivel de preparación técnica y cultural que les permitiera ocupar un puesto en las redacciones de los medios de comunicación y desempeñarlo eficazmente. Adquirido el nivel universitario, las escuelas incluyen en sus objetivos nuevos propósitos, además de los ya señalados; impartir a los estudiantes los conocimientos que les permitan comprender el proceso y los efectos de la comunicación y cubrir la carencia de profesores especialmente preparados para la enseñanza de las ciencias de la comunicación mediante la formación de docentes especializados.

Estos objetivos, trazados en apretada síntesis, ¿son suficientes en la actualidad? ¿Se ha tenido en cuenta que toda enseñanza debe tener metas basadas en las condiciones de vida del futuro y no las que rigen al presente? ¿Qué se intenta formar? ¿Un agente cultural (Dumazedier), un agente partidario (Khachaturov) o un agente de cambio social y desarrollo? ¿Qué estrategias cognoscitivas se han previsto para convertir a los estudiantes en autodidactas y buenos pensadores críticos? ¿Tienen en cuenta al estudiante como hombre? ¿Procuran el desarrollo de sus cualidades de observación, de análisis, de comunicación? ¿Tienen en cuenta las necesidades del desarrollo nacional? ¿Tienen en cuenta el mercado ocupacional y las posibilidades potenciales? ¿Qué participación han tenido los estudiantes en el enunciado de metas?

Esta última pregunta tal vez contenga el quid del problema. Es esencial en el nivel universitario, el respeto del derecho de los estudiantes a intervenir en la planificación de la política de las escuelas, a participar de la organización de estudios, a emitir juicios sobre los métodos pedagógicos, sobre los contenidos y objetivos de la enseñanza. No hacerlo equivale a ignorar la presencia estudiantil en el proceso educativo.

2.— **Planes de estudio:** Las escuelas tienden a nivelar los conocimientos que imparten a los estudiantes y de allí juzgar el resultado. Al parecer no se toma en cuenta que hay alumnos con dotes supe-

riores al promedio y alumnos con mayores inquietudes que otros para extender el horizonte de su conocimiento de las ciencias de la comunicación como en otras disciplinas. Estos últimos por lo general leen textos de doctrinas políticas y económicas, de psicología experimental y de sociología, procurando ampliar por sí mismos el marco de referencia que poseen en la problemática de las ciencias de la comunicación. Algunos prestan especial atención al dominio de la técnica, otros a los métodos de persuasión, otros, en fin, prestan todo su interés a la metodología de la investigación. Todos cursan el mismo plan de estudios y con ese mismo plan egresan alumnos más preparados que otros para emprender el camino de la profesión elegida y con mejores posibilidades de perfeccionamiento autodidáctico.

Surgen entonces varias interrogantes: Las escuelas prevén en sus planes de estudio la dirección hacia distintas especialidades por medio de un abanico de materias optativas? O simplemente procuran formar periodistas para medios escritos y audiovisuales, para trabajar en publicidad, para enseñar e investigar en ciencias de la comunicación, para ser comunicadores en un proceso de desarrollo nacional y para varias otras actividades mediante un plan rígido, único y obligatorio? No se trata aquí de formular planes con sentido imitativo de lo ya hecho en otras partes, sino tratar de diseñar algo nuevo, encuadrado dentro de ambiciosos objetivos. ¿Qué determina la eficacia de un plan de estudios? ¿Qué pautas se utilizan para medirla? ¿Es conveniente enseñar primero periodismo y luego ciencias de la comunicación o viceversa, o ambas cosas simultáneamente? ¿No sería conveniente establecer tres direcciones fundamentales en los planes de estudio, considerando que el ejercicio profesional en los medios, la docencia y la investigación son tres cosas distintas? ¿Por qué mantener el sentido enciclopedista de los planes de estudio? ¿Qué materias serían comunes y cuáles serían diferenciales? ¿Qué ordenamiento metodológico habría que introducir para darle sentido de educación permanente? Y una última pregunta: ¿Qué razón existe para que la base del aprendizaje técnico sea el periodismo escrito y no las técnicas de otros medios?

Es fácil advertir que el problema de los planes de estudio resulta en extremo complejo y que requeriría, inclusive, su elaboración por equipos interdisciplinarios de especialistas con la debida participación estudiantil.

3.— Régimen de enseñanza: Actualmente las escuelas de cien-

cias de la comunicación funcionan en base a la clase magistral, con régimen de trabajos prácticos en las cátedras. Depende de las características de enseñanza de cada universidad, pero hay constantes muy generales. Detengámonos un instante en este esquema. La universidad, en el convencimiento de que su misión consiste en transmitir conocimientos, ha adoptado desde hace siglos el sistema de la clase magistral. El profesor expone lo que sabe y un grupo de estudiantes asiste pasivamente o tomando apuntes a la exposición, tratando de recordar lo que el profesor dijo. ¿Es ésta la forma adecuada de enseñar? Los estudiantes exigen cada vez con mayor energía que los profesores los ayuden a ser hombres capaces de ubicarse en un mundo cada día más complejo, pero el profesor, por regla general, no ha sido preparado para responder a esta demanda. Ha sido seleccionado en concurso, en el mejor de los casos, como hombre poseedor de una suma de conocimientos sobre determinada materia y no por sus aptitudes docentes. En estas condiciones su labor puede ser alienante.

Gustavo Cirigliano comenta con agudeza: “Veamos desde un ángulo crítico, cuál es la tarea del educador. Digamos que su tarea consiste en introducir al alumno en una terminología o lenguaje alienante. El lenguaje que debe aprender (y que pertenece al campo del profesor y por tanto de la institución) es el medio de alienación. En cuanto lo aprenda (el estudiante), termina por pensar con las categorías de la institución (la universidad). Y si no lo aprende, nunca podrá dar un examen y menos obtener un diploma. En esa “jerga” que ha de aprender, en esa jerga que oculta la realidad, está la fuerza, el poder del profesor que puede exigirla, rígidamente, atribuyéndola a razones objetivas o científicas”.

Y agrega Cirigliano: “Sí, los profesores alienamos; esa parece ser nuestra tarea, lo cual es opuesto a la tarea de liberar y de formar y desarrollar que es la que suponemos que estamos haciendo. Esa capacidad, ese poder de enajenar de los profesores, proviene de la misma naturaleza de su preparación profesional; lo que saben lo saben de los libros y en virtud de la posesión de un lenguaje exótico. Que eso tenga alguna relación con la realidad, es otra historia. Por eso, con agudeza, se puede leer en un libro dedicado a los alumnos del colegio secundario, para alertarlos críticamente: “Muchos profesores no tienen ningún conocimiento concreto de las realidades que te enseñan. Todo lo que ellos saben lo han aprendido en los libros, razón por la cual ignoran todo respecto al mundo que los rodea. La mayor parte de los

profesores han sido educados y formados en una época en que el mundo era muy diferente a lo que es hoy" (Universidad y Proyecto Nacional. Ed. Universidad Nacional de Tucumán, 1971).

Resulta evidente que el papel del profesor debe consistir en enseñar a aprender, a entresacar información, a investigar, a ayudar a los estudiantes a convertirse en autodidactas. Por eso, en gran medida, el profesor debe ser de espíritu autodidáctico. El profesor debe convertirse en animador de un grupo de estudiantes, trascender el grupo de la cátedra para reflejarla y movilizarla. Debe suponer que los instrumentos de comunicación con sus alumnos existen en estado implícito y que esperan para manifestarse los efectos reveladores. Debe provocar la comunicación recíproca en alto grado y con ingredientes dinámicos llamar a la existencia a sus alumnos, enseñarlos a ser.

Al convertirse en animador, el profesor asume la totalidad de la maestría educativa. Accede al mismo tiempo al contacto con los otros profesores. Su cátedra deja de ser el compartimiento estanco de un plan de estudios. El que practica la pedagogía de grupo se forma a sí mismo para el trabajo de equipo. Se abre también a la comunicación y correlativamente enseña a sus alumnos a comunicar, lo que constituye un objetivo hoy ausente de las preocupaciones docentes.

Pero hay otros aspectos del régimen de enseñanza universitario que ha sido poco analizado. Cada cátedra se compone de un profesor titular, un adjunto, uno o más asociados, y un número indeterminado de jefes de trabajos prácticos y ayudantes. ¿Por qué mantener esta estructura? ¿No sería más razonable que hubiera un profesor titular con las atribuciones de jefe de cátedra y que todo el restante personal docente estuviera compuesto de profesores a cargo de un determinado número de alumnos? Los ayudantes diplomados y los jefes de trabajos prácticos tienen la misma preparación docente que los profesores y pueden desempeñarse cómodamente en esas funciones. Demos un ejemplo: si una universidad cuenta con 3.000 docentes y 30.000 alumnos, cada docente podría enseñar a 10 alumnos, solucionándose con ello el problema de horarios y el hecho frecuente de que los alumnos son sólo un nombre puesto en la lista de exámenes. Las universidades deben exigir a los profesores el cumplimiento de pautas pedagógicas que aseguren el propósito de formar al estudiante como hombre, como ciudadano, como sujeto promotor del desarrollo nacional.

Las escuelas de ciencias de la comunicación, como organismos nuevos en la estructura universitaria, están en condiciones de encarar, a modo de ensayo, una verdadera revolución en el régimen de enseñanza. ¿Por qué no constituir a las cátedras en grupos operativos de estructura dinámica? ¿Por qué no limitar a un reducido número los estudiantes a cargo de cada profesor? ¿Por qué no institucionalizar el desarrollo de las facultades de observación, razonamiento y comunicación de los estudiantes? ¿No debiera prohibirse el programa de cátedras rígido, sin posibilidad de corrección y ajustes ante todo nuevo descubrimiento o innovación? ¿Por qué las cátedras no funcionan de acuerdo con técnicas de grupo dinámicas, dirigidas a la educación permanente?

4.— El régimen de promoción: La sociedad latinoamericana ha creado una jerarquización social a la que se accede por muy pocos canales. Uno de ellos, institucionalizado, es la universidad. Convertida en otorgante de títulos que tienen, dentro de ese contexto social, el carácter de puerta hacia el ascenso, la universidad se ha transformado en una herramienta de selección. El título universitario, no importa la calidad intelectual de quien lo posea, constituye, en cierto modo, un título de prestigio social reemplazante del título de nobleza. En este esquema social la universidad es la encargada de regular, con distintas vallas, el acceso a la obtención del título académico. Tal vez la más importante de estas vallas sea el examen individual, una vieja formalidad que no significa nada en absoluto en la cualificación del estudiante y que, en cambio, constituye una fuente inagotable de agudos problemas.

Actualmente el estudiante atiborra su memoria con conocimientos o nociones que nada significan para su personalidad y estructura mental y que, por lo general, olvida rápidamente. Sólo debe recordarlos en el momento del examen como condición indispensable para que la universidad le permita seguir su carrera hacia el título. El estudio en pugna con su selectividad natural abruma al estudiante. Su mente se desprende con rapidez de eso que no encuadra en su esquema individual y con frecuencia olvida en el momento del examen lo que le había costado tanto trabajo memorizar. Los servicios médicos de las universidades conocen muy bien el problema del “stress” del examen en épocas de fin de cursos. Reconozcamos lealmente que muchas veces la suerte del estudiante depende de la bolilla que extrajo o de la pregunta que le formule el tribunal examinador, o peor aún, del buen o mal humor de quienes lo examinan.

Muchas voces calificadas se han alzado contra el viejo sistema de exámenes en la universidad. Edgar Faure ha sido categórico: "Yo soy enemigo resuelto de la "llave de paso". No tenemos derecho a privar a los hombres del derecho de comprender. Los exámenes están hechos para reducir el número de estudiantes, para hacer que los hombres se hastíen de la enseñanza, de la educación. Qué falta de sentido! La educación no es una prueba olímpica. Soy totalmente enemigo de este sistema pedagógico, construído especialmente para una minoría. Los exámenes individuales tienen menos utilidad que los trabajos colectivos, los cuales valen para que los más dotados lleven del brazo a los demás. Cuando los estudiantes dicen: "juzgadnos en conjunto" tienen razón. Es necesario que la cultura deje de ser eliminatoria" (Le Figaro Litteraire, 3 de noviembre de 1968).

Bien: convengamos que el régimen de promoción por exámenes individuales es anticuado, que no asegura nivel alguno de formación. ¿Qué métodos o sistemas debieran emplear las escuelas de ciencias de la comunicación para evaluar los progresos de sus alumnos? ¿Mediante el trabajo de grupos, calificando de acuerdo con el resultado del trabajo? ¿Mediante seminarios? ¿Por paneles y plenarios? Las escuelas deben hallar la respuesta a este problema, tal vez el más conflictivo del ambiente universitario.

5.— Investigación: En nuestra época es fundamental la necesidad de una estrecha relación dentro de la universidad entre la formación y la investigación. Es en la universidad donde se debe llevar a cabo casi toda la investigación pura o fundamental, cuyo descuido y abandono conduce rápidamente a la muerte de la investigación aplicada.

Lamentablemente en nuestras escuelas de ciencias de la comunicación no se realiza investigación fundamental de trascendencia. Las cátedras, incluyendo las específicas de investigación, salen del paso con la enseñanza de métodos y su aplicación en algún tema de fácil evaluación para la práctica de los estudiantes. Tanto es así que las cátedras no se preocupan de publicar o hacer conocer a otros establecimientos similares sus investigaciones y los métodos empleados.

¿Qué temas de investigación pura realizados en las escuelas universitarias de ciencias de la comunicación han constituido un aporte positivo para el estudio de esas ciencias en nuestros países? Habrá algunos, pero no los conocemos. Más probable es que no haya ninguno.

¿Cómo podemos entonces en algún modo pensar en investigación aplicada sin las bases de la investigación fundamental? ¿Qué escuelas han emprendido investigaciones puras a nivel de innovación o confirmación de otras realizadas en países desarrollados.? Se han planificado investigaciones a nivel interuniversitario sobre ciencias de la comunicación en algún país o región de América Latina? El panorama es desolador en este aspecto. No comprendemos por qué debemos seguir perdiendo terreno, designarnos a la dependencia de lo que hagan en los países desarrollados, sin por lo menos confirmar o verificar sus investigaciones en los nuestros. ¿Cómo podemos aspirar al desarrollo de nuestros países sin investigación fundamental y aplicada? Ignoran las escuelas universitarias de ciencias de la comunicación que los planes de cambio y desarrollo se basan en buena medida en técnicas de comunicación? Hasta el presente ni siquiera tenemos programas concretos para la formación de investigadores de la comunicación.

6.— Nuevas estructuras: Los cambios en las escuelas no serían completos sin la creación de departamentos de graduados con estructura estable para estudios generales y de investigación. El problema de la actualización de graduados en base de la información quedaría solucionado de esta manera. El graduado podría asimismo brindar su experiencia de autoeducación y participar de estudios e investigaciones en elevado nivel.

También sería necesaria la elaboración de un plan de equivalencias para facilitar el pase de estudiantes de una a otra escuela dentro del ámbito nacional y latinoamericano.

Por último debe arbitrarse un mecanismo que facilite el intercambio de profesores e investigadores y la institucionalización de cursos internacionales de verano para graduados.

PROPUESTA

Por lo expuesto precedentemente, proponemos:

1º— Realizar un examen exhaustivo de las estructuras, planes de estudio, sistemas didácticos y principios metodológicos que rigen el funcionamiento de las escuelas universitarias de ciencias de la comunicación, para adecuarlas a los postulados de la educación permanen-

te y a los requerimientos del desarrollo nacional y latinoamericano, que estaría a cargo de grupos de trabajo constituidos por directivos, profesores, investigadores y estudiantes.

2º— La conveniencia de introducir reformas en las metas educativas, los planes de estudio, los métodos de enseñanza y el régimen de promoción actualmente vigente.

3º— Considerar a este respecto inconvenientes la selección de aspirantes, el régimen de exámenes individuales, el sistema de clases magistrales, la bibliografía sin selección de actualización, los planes de estudio con multiplicidad de objetivos fundamentales, los grupos de trabajo que superen la cantidad de 12 alumnos, la planificación sin participación estudiantil, la docencia sin especialización pedagógica y la ausencia del propósito específico de propiciar el desarrollo de la personalidad del estudiante y sus facultades de comunicación, investigación, estudio y percepción dirigidas a la autoeducación.

4º— La constitución de una asamblea a nivel latinoamericano organizada por CIESPAL para establecer el cuerpo de iniciativas que se aconsejarán a las escuelas universitarias de ciencias de la comunicación. Esta asamblea estará integrada por directivos, profesores, investigadores y estudiantes latinoamericanos.

5º— Las reuniones propuestas serán propicias para elaborar las bases de acuerdos y prioridades interuniversitarios y regionales de investigación fundamental y aplicada.

La Plata, junio de 1973.